

LA ILUSTRACION NACIONAL

MADRID

ADMINISTRACIÓN: ECHEGARAY, 34

FUNDADOR

D. Arturo Zancada y Conchillos

DIRECTOR: D. RICARDO VINUESA

AÑO XXI.—NÚM. 27

20 DE OCTUBRE DE 1900



EL VALOR

(Estatua de Alcoverro.)

SUMARIO

GRABADOS.—El valor.—El general Linares, nuevo Ministro de la Guerra.—Un apuro.—A orillas del Manzanares.—Combate de Trafalgar: Muerte de Churruca á bordo del *San Juan*.—Francisco Gonzalo, comandante del puesto de la Guardia Civil de Cerecedilla.—Guardias y familias del puesto de Villamenía.—Casa-cuartel de la Guardia Civil en León.—D. Pedro Ruiz de Arana.—Caricatura.

TEXTO.—Crónica, por Juan de España. — Los Galeotes, por Práxedes Zancada.—Excmo. Sr. D. Arsenio Linares Pombo.— Los embusteros, por Juan José López Serrano.— ¡A muerte!, cuento, por Aureliano de Beruete.—Servicios de la Guardia Civil.—La roca de los húsares blancos, continuación.—Teatros.—Historia del abanico.—El Trigo.—Reclamos y anuncios.



Las últimas elecciones verificadas en Inglaterra han dado el triunfo al partido imperialista que acaudilla Mr. Chamberlain.

Con tal motivo, la prensa española en general y la militar muy particularmente, han dado la voz de alarma tanto al Gobierno como á la opinión, para que, viviendo sobre aviso, eviten ó por lo menos traten de evitar cualquier agresión de que la Gran Bretaña pudiera hacernos objeto.

Que la actitud en que la prensa española se ha colocado nos satisface, huelga decirlo; pero aún sería mayor nuestra satisfacción, si los periódicos no hicieran de ese asunto un arma política.

Dado por hecho que Inglaterra trate de agredirnos tan pronto como se la presente una ocasión favorable, estando ciertos de que las ambiciones de Mr. Chamberlain no han de detenerse ante ningún género de consideraciones, no ya el patriotismo, sino el buen sentido, aconsejan que aparezcamos ante el mundo perfectamente unidos, y dispuestos á repeler todo género de agresiones.

De ahí la necesidad de que la prensa española sustente en esa cuestión un criterio idéntico, una aspiración única, que no puede ser otra que la siguiente: anteponer el de la patria á todo otro interés.

Los órganos militares ejercitan un derecho indiscutible, cumplen una misión á que están obligados, pidiendo un día y otro que se aumente el efectivo del ejército y se dote á éste de aquellos elementos indispensables para poder luchar con algunas probabilidades de éxito.

La prensa civil demanda, con no menos razón, que nuestros Gobiernos levanten escuelas y hospitales en aquellos pueblos que, si hoy no carecen de ambas cosas, es porque se las proporciona la *filantropía* inglesa.

Ni á la prensa civil ni á la militar, hemos de censurarlas por sus peticiones.

Pero como de la disparidad de criterio á la polémica no hay más que un paso; mejor dicho, como lo que pide la prensa civil no debe ser obstáculo para que se conceda lo que demanda la militar, de ahí que veamos con disgusto la actitud en que se han colocado algunos periódicos.

Ante la amenaza, ante la insolencia, ante la rapacidad de la Gran Bretaña, la opinión española no debe aparecer dividida.

Hay que aunar voluntades, hay que unificar ideas, hay que acumular energías, hay, en suma, que preparar para cualquier evento al pueblo español, y esa misión difícil y trascendentalísima ha de llevarla á cabo la prensa. Aunque nos duela

confesarlo, hay que reconocer que la nación española no tiene fe.

Hizo gala de esa virtud inapreciable, cuando tuvo ideales que defender; cayó en una atonía censurable, en un indiferentismo suicida, cuando la ceguera ó la mala fe de los políticos la pusieron al borde del abismo.

¿Cómo podrá ó querrá salir de su letargo, si ve que los encargados de dirigirla se complacen en señalarla los peligros sin mostrarla el *verdadero* medio de evitarlos?

¿Cómo podrá tener fe en las clases directoras, si ve que estas sólo se agitan para defender su particular interés?

No es responsable la masa general del país del abatimiento en que yace sumida, no son los de abajo los dignos de censura; el látigo debe crujir sobre las espaldas de los de arriba que, locos é insensatos, nos llevan rápida y derechamente al fondo del abismo.

¿A qué negarlo?

Las clases civiles, salvo alguna honrosa y contada excepción, parecen complacerse en desacreditar á la fuerza armada.

¿Por qué?

¿Qué falta, qué delito ha cometido el ejército para que así se le trate?

A nuestro juicio, una solamente.

La de no haber castigado con mano dura y sin piedad á los que prepararon su caída.

Tal estado de cosas debe cesar inmediatamente.

Más ó menos lejano, el peligro de una agresión existe, y al existir conviene que nos preparemos para rechazarla.

Bien está que trate de anularse la influencia inglesa, empleando aquellos medios que aconsejan la lógica y el buen sentido; bien está que nuestros Gobiernos pongan especial empeño en procurar que los españoles no tengan que llamar á las puertas de los ingleses en demanda de un pedazo de pan; pero tan necesario como todo eso, es reorganizar el ejército, dotándole de los elementos que para combatir sean necesarios.

Sostienen algunos periódicos que, el mejor medio para librarnos de una agresión por parte de Inglaterra, consiste en evitar con esa nación toda clase de rozamientos.

Los órganos que sostienen eso en público, ¿lo creen así en privado?

¿Creen de buena fe que apareciendo humildes y sumisos nos habrían de respetar?

Paciente y resignado se ha mostrado siempre Portugal, y bien sabemos todos cómo trata Inglaterra á nuestros vecinos.

Prudente aparecía el Transvaal, y antes de mucho será un pueblo esclavo.

No es con humillaciones, sino acumulando energías como nos hemos de salvar; no es con desmayos femeniles, sino con arranques de entereza como nos haremos dignos de la simpatía y de la amistad de los pueblos fuertes.

Se nos dirá que el heroísmo de los boers no ha sido bastante para que las grandes potencias tiendan al Transvaal una mano generosa.

Tampoco á nosotros, por el solo hecho de ser heroicos, nos la habrían de tender.

Pero teniendo en cuenta que al agredir Inglaterra á España, peligraban los intereses de otros pueblos de Europa, nada tendría de particular que, ante el común peligro, se organizase la común defensa.

Y cabe preguntar:

El ejército español, así por su número como por sus elementos de combate, ¿está hoy en condiciones de poder luchar al lado de otros ejércitos de Europa?

No estándolo, ¿cabe abrigar la esperanza de que una nación fuerte nos brindase su amistad y su apoyo?

Nadie da de gracia en estos tiempos, pues hace mucho que pasaron aquellos en que andaban por el mundo caballeros andantes.

No olviden esto los hombres de buena voluntad, si es que en España queda alguno; convézanse de que lo que demanda el ejército es necesario, justo y patriótico; eleven su pensamiento á regiones más altas que aquellas en que se agitan los mezquinos intereses de los partidos, de los grupos y de las personas, y si así no lo hacen, preparémonos á sufrir nuevas humillaciones, vergüenzas y despojos.

En estos momentos se ocupa la prensa diaria de dos hechos que confirman nuestros temores.

El crucero alemán *Stochs* ha estado verificando ejercicios de cañón en la ría de Arosa, sin que, á pesar de constituir un gran peligro para la navegación y un abuso que no debía tolerarse, haya en aquellas aguas un buque español que pudiera impedirlo.

La Compañía inglesa del ferrocarril de Bobadilla á Algeciras, formula nuevas pretensiones que, ó mucho nos equivocamos, ó serán atendidas.

¿Quién puede asegurarnos que esos abusos no irán en aumento?

¿Quién podrá garantizarnos el respeto de los extraños ante la desatentada conducta de los propios?

Es locura insigne pensar que una nación como España puede permanecer en el estado de indefensión en que hoy se encuentra, sin que peligre su integridad.

De ahí que constituya, no una falta, sino un delito imperdonable el oponerse sistemáticamente al aumento de nuestras defensas, así terrestres como marítimas.

* * *

El dignísimo general Azcárraga deja la cartera de Guerra para ocupar la presidencia del Senado, puesto á que le llevan su gran prestigio y sus indiscutibles merecimientos.

Le sustituye en el Ministerio el teniente general D. Arsenio Linares Pombo, militar pundonoroso y entendido, en cuyas energías é iniciativas funda el ejército grandes esperanzas.

Que estas se confirmen es lo que deseamos, aunque comprendemos que para no defraudarlas habrá de vencer el nuevo ministro no pocos obstáculos y dificultades.

No hemos, sin embargo, de aventurar juicios, concretándonos por hoy á felicitar al general Linares por su nombramiento, ofreciéndole á la vez nuestro modesto pero leal y desinteresado curso.

Juan de España.

“LOS GALEOTES,”

Cuando este número salga á la calle estará para verificarse el estreno de esta hermosa comedia de los hermanos Quintero, mis amigos muy apreciados y distinguidos.

Lope de Vega, los Moratines, Bretón de los Herberos, Serra y otros insignes cultivadores de este género dramático, han tenido continuadores dignos en esos muchachos sevillanos que hace pocos años eran desconocidos y que monopolizan ahora la atención general.

«Los Galeotes» es una obra digna de un Moliere en cuanto al genio que revela. Parece escrita por Aristófanes por su vis cómica, su sátira punzante y la causticidad de sus burlas, y se creería debida á Menandro por su sensatez y la ternura de sus afectos.

Es muy difícil hablar de una producción que aún no se ha estrenado sin traspasar los límites que impone la discreción. Por eso, yo me limitaré á hacer algunas indicaciones ligeras.

Como soy curioso, he entrado algunas tardes en el teatro de la Comedia, presenciando los ensayos de «Los Galeotes», y he tenido ocasión de apreciar que los artistas encargados de su ejecución han de darla el relieve que requiere.

La Pino y la Catalá desempeñan sus papeles á la perfección, y están tan guapas, que parece que en sus rostros anida la primavera.

(Un lector al paño: No sea usted cursi, D. Atilano).

Matilde Rodríguez hace una criada andaluza que no puede pedirse más.

García Ortega, Vallés, Rubio, La Riva, Mora, etcétera, están encariñados con la obra, y el entusiasmo con que trabajan avalora su mérito artístico.

El empresario, persona muy simpática y agradable, no ha omitido sacrificio alguno para el mayor éxito de la nueva producción de los autores de «El patio».

«Los Galeotes» es una página de la vida humana, palpitante de gracia y de frescura.

Se basa el asunto en la ingratitud de unos «vividores» que pagan con desazones los beneficios que reciben, del mismo modo que el premio que recibió Cervantes de los galeotes que libertara, fué una piedra monumental que dejó molido al asendereado caballero. De este episodio han tomado los Quintero el título de la obra.

La acción pasa en una librería y está desarrollada con gran novedad. Los personajes están trazados de mano maestra. Son figuras de carne y hueso, no maniqués movidos á capricho del autor.

La nota seria es sentimental y conmovedora. La cómica es irreprochable. No hay en toda la producción nada que sea bufo, grosero, chabacano. Los chistes lo son de buena ley.

Sin apelar á toques efectistas de dudoso gusto, abundan las situaciones interesantes.

Ramos Carrión, Blasco, Picón, cuantas eminencias literarias conocen la obra, se han sentido entusiasmados ante sus bellezas.

O mucho me equivoco, ó creo que «Los Galeotes» ha de ser comedia que eleve el nombre de sus autores á las cimas más altas de la gloria.

Práxedes Zancada.

Excmo. Sr. D. Arsenio Linares Pombo

MINISTRO DE LA GUERRA

Las circunstancias en que este distinguido general llega al Ministerio de la Guerra son para preocupar el ánimo más esforzado, y no dudamos que sabrá estar á la altura de su misión en estos momentos el bizarro soldado que, pagando culpas de todos, vertió su sangre en Santiago de Cuba, arrostrando allí las consecuencias de una situación difícil y comprometida.

Los espíritus pequeños é intransigentes, la ignorancia siempre feroz y despiadada, podrán juzgar con pasión la conducta de este ilustre general, pero la historia hará justicia á sus patrióticos y nobles esfuerzos, y apreciará las desventajosas condiciones en que se entabló aquella lucha desigual en que, sumados todos los elementos y circunstancias que favorecían á nuestros enemigos, bien puede asegurarse que peleamos uno contra mil.

En tales condiciones no hay lucha posible, y cúpole á este bizarro soldado la única fortuna que el destino podía concederle: la de sellar con su propia sangre aquel cruento sacrificio.

Hoy llega el general Linares al Ministerio de la Guerra empujado por sus méritos, y pocas veces habrá sido recibido un nombramiento con aceptación más unánime.

Solo un camino tiene á su disposición para asegurar el éxito y responder á las esperanzas del Ejército y del país.

Seguir los impulsos de su conciencia sin vacilaciones ni consideración á nada ni á nadie, sin someterse á ningún género de imposiciones.

Procure que en cuantas cuestiones se sometan á su estudio y resolución destaque su personalidad y su iniciativa, prescindiendo de convencionalismos y de artificios.

Declare guerra al fariseísmo y á la adulación que



EL GENERAL LINARES
NUEVO MINISTRO DE LA GUERRA

hace tiempo tienen infestado el Palacio de Buenavista, aleje de su lado las camarillas, rémora de toda buena acción, y si el Ejército ve un carácter rigiendo sus destinos, un espíritu independiente y elevado presidiendo á todas las resoluciones, le seguirá ciegamente y se habrá puesto la primera piedra de la regeneración de España.

Los embusteros

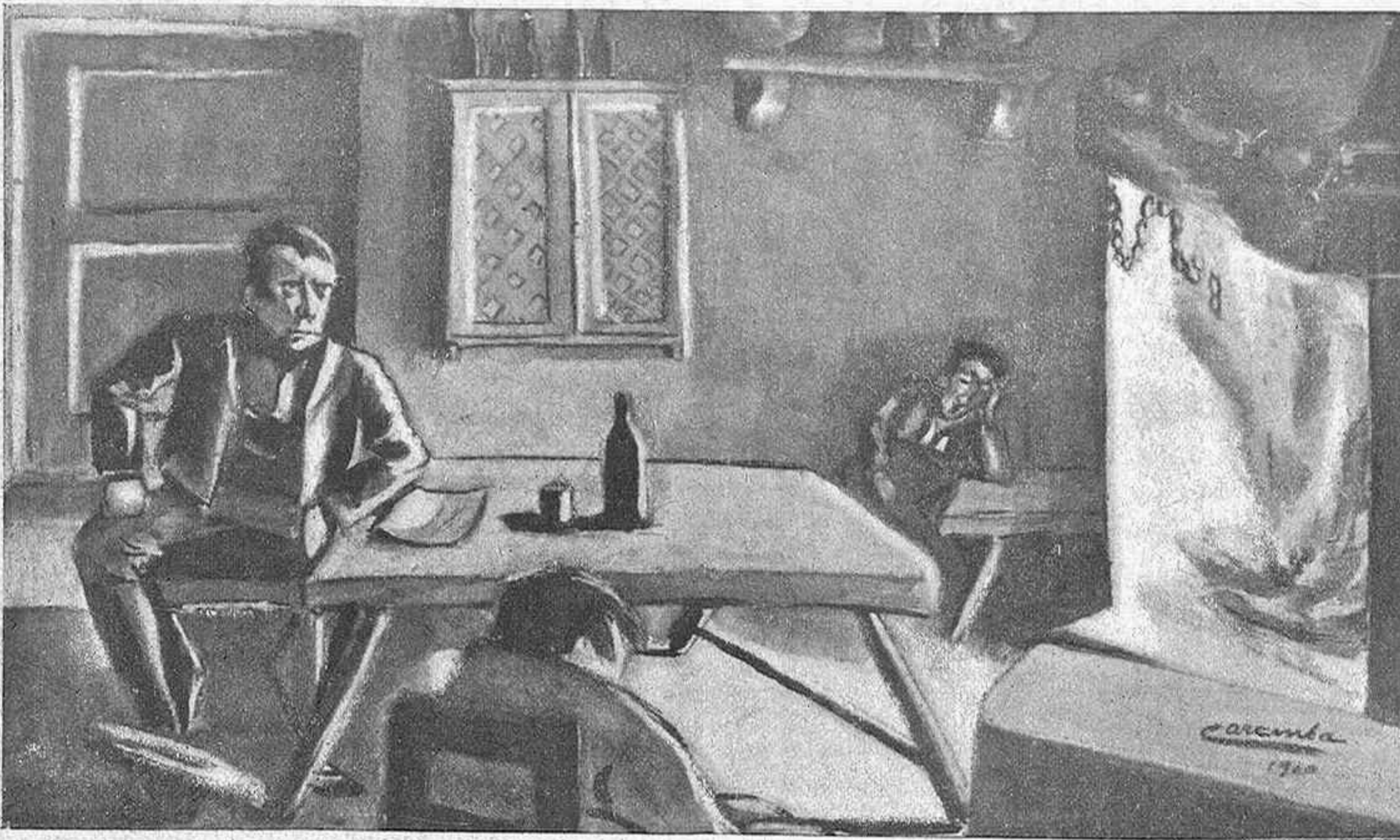
(FÁBULA)

Había en un lugarejo de las provincias del Norte, una iglesia de buen porte con su cura ya muy viejo, tan bueno como la gloria, de carácter bonachón. Mas no decía un sermón sin saberlo de memoria. Una vez fué á predicar sin haberse preparado, y estaba el hombre agobiado por no saber comenzar; hasta que se le ocurrió,

en tan angustiosa hora, esta idea salvadora, y así el discurso empezó: —Hoy os tengo de advertir, el Señor me ha iluminado, que aquél que se halle en pecado mis palabras no va á oír.— Y sin dejar de accionar, prosiguió gesticulando como si estuviese hablando, mas sin nada pronunciar. Un buen rato estuvo haciendo este símil de sermón; dió por fin su bendición, y la gente se fué yendo, comentando á su manera lo que allí había ocurrido, creyendo en lo sucedido ó juzgándolo quimera... Tuvo el cura buena idea; pues según oí decir, no se volvió ya á mentir jamás en aquella aldea.

Políticos hay á ciento que mienten con gran frescura. ¡ Señor, mandadles un cura, como el cura de este cuento!

JUAN JOSÉ LÓPEZ-SERRANO.



LA MUERTE!

CUENTO ORIGINAL DE AURELIANO DE BERUETE Y MORET

Todos sus compañeros, los criados de la labranza del Sr. Eugenio, el propietario más rico de Valmajada, pueblecillo situado en la vertiente meridional de la Sierra del Guadarrama, notaban que á Sebastián le ocurría algo á juzgar por la cara fosca, el entrecejo pronunciado, la tristeza en el mirar y el silencio que toda aquella tarde guardaba, él, tan alegre siempre, tan animado y tan francote. Cuando terminaron de encerrar en la cuadra, se fueron los seis muchachos á la cocina donde el mayoral se ocupaba en cortar rebanadas de pan y pedazos de tocino que iba echando en la cazuela para preparar la sopa de aquella noche.

—Cierra la puerta, Sebastián—exclamó éste,—que entra por ahí un viento que es capaz de helar al serrano más serrano de esta Sierra.

Sebastián fué á la puerta y cerró.

—¿Pero qué te pasa?—le preguntó uno de sus compañeros—estás tristón.

—Ya os he dicho que no me pasa nada—contestó él secamente.

Otro encendió el velón, y formando un buen brazado de chaparro lo metió en la chimenea, puso debajo algunas astillas bien secas, unos papeles y prendió fuego.

Acomodáronse, ya en los poyos ó en el escalón del hogar, y así se dispusieron á esperar que el *banquete* estuviera en su punto.

Cada uno de los que formaban el grupo era de diferente lugar, pero todos de algún pueblo próximo; y todos se conocían y habían entrado al servicio del amo, unos por otros. Don Eugenio obligaba á trabajar á sus criados, no les perdía de vista en sus faenas, pero en cambio los trataba con afecto y consideración, y esto compensaba aquéllo, y los criados servían contentos al amo, y el amo estaba contento de sus servidores.

Sebastián era de Molinar, pueblecillo situado cerca, pero separado por las crestas de la Sierra, en aguas de allá, como dice esa gente. Ya hemos dicho que era muchacho alegre y franco con sus compañeros, y éstos sabían de él que tenía familia en Molinar, madre y hermana, buenos amigos y una muchacha que era su novia y no tardaría en ser su mujer, hermosa hembra, por la que era envidiado de los mozos del pueblo.

Pensaba, allá para el verano, pasar la Sierra y decir á los padres de la chica: aquí traigo unos ahorrillos; Marcela y yo nos queremos, ¿cuando arreglamos esto? A los padres no les parecía mal Sebastián, y aquello se arreglaría pronto y bien. Todo esto lo sabían por lo que él mismo había contado, pues ninguno de ellos iba nunca por Molinar. Entre los habitantes de una y otra vertiente de una sierra, no existe nunca comunicación frecuente á pesar de su proximidad.

Escasamente haría media hora que se habían reunido en la cocina, cuando sintieron ladridos de un perro.

—Es el Noble—exclamaron;—marchó con el amo y vendrá con él.

Sebastián se adelantó.

—Yo iré á encerrar el caballo—dijo,—y salió.

Se oyó un fuerte aldabonazo, el muchacho descorrió el cerrojo y la puerta cochera quedó abierta; entró el perro saltando seguido del amo, que montaba una jaca de pelo castaño, y que venía embozado hasta los ojos en una manta jerezana.

—Sebastián, mete la jaca en la cuadra y dala doble pienso, que hoy se lo ha ganado—dijo el amo echando pie á tierra.

—Bien, señor;—respondió el muchacho, entrando con la jaca en la cuadra, mientras el amo atravesaba el corral y entraba por el portalón del zaguán en su casa, situada enfrente de la cocina de los gañanes.

El mozo, una vez que instaló la jaca y echó en el pesebre dos medidas de cebada, siguió los pasos del amo y entró en la casa también.

El señor y el perro se calentaban junto á la gran chimenea que Vicenta, la antigua criada, mujer de confianza, tenía preparada siempre que D. Eugenio salía al campo.

—Cierra la puerta de abajo—dijo;—pues con esta noche tan fría, ni pienso yo salir ni creo que venga nadie. Amenaza nevada; la puesta del sol tenía cariz de ello.

Sebastián se quedó callado, pero no se marchaba.

—Anda, vete con los chicos á la cocina, y mañana, antes de ir al trabajo, que suba por aquí el mayoral. Sebastián hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero siguió allí inmóvil.

—Pero, ¿qué haces ahí, hombre?

—Tenía que pedir un favor, señor.

—Pues pide; ¿qué necesitas, qué te hace falta?

—Quiero marcharme.

—¿Marcharte de mi casa? ¿A dónde?

—No, señor; marcharme de su casa, nunca; ir á mi pueblo por unos días, no sé... pero marcharme y pronto.

—Pero, ¿qué ocurre?

—He recibido carta de casa, en que dicen que... la madre, la pobre vieja está enferma..., y ya comprenderá usted...

—Sí, hombre, ya lo creo; pues cuando quieras; ¿y es cosa de cuidado?

—No sé..., y de ahí mi impaciencia.

—Pues nada, mañana mismo ve á buscar la línea de Segovia, y luego, de allí á tu pueblo.

—¿Qué! Me voy á pie por la Sierra y luego en el mismo día; casi no hay siete leguas.

—Pero, ¿en qué piensas? Con la cantidad enorme de nieve que ha caído todo este invierno, no se puede atravesar el puerto; estoy seguro que pasará de cuatro metros en el alto... ni rastro quedará de camino; desde que hicieron el ferrocarril, no pasa nadie...; nada, nada, baja á la línea del camino de hierro, toma allí el tren y llega hasta donde más te convenga. En este mes quizá no hayan pasado de media docena los que han atravesado el puerto, y nunca uno solo; hace dos días que han visto á los lobos cerca de aquí; con que suponte por arriba los que andarán, y precisamente el camino del puerto pasa al lado de las chorreras en que siempre abundan...; no seas loco, no pienses en ir á pie.

—Yo, por llegar antes...

—Nada; es preferible tardar unas horas más, pero ir seguro... ¿Quieres algún dinero?

—Gracias, señor; no me hace falta; ayer mismo nos dió usted la paga...

—Bueno.

—Pues con su permiso marcharé antes que amanezca.

—Cuando quieras, y no dejes de avisarme diciendo lo que tardarás en volver; pues si faltases por muchos días, tomaré algún otro para que te reemplace en la ausencia.

—Descuide, al corriente le tendré de mi vuelta.
—Bueno; anda con Dios y que se alivie tu madre.
—Hasta pronto, señor, y gracias, muchas gracias.
—Adiós.
—Adiós.

Y Sebastián, saludando á Vicenta, que en aquel momento entraba en la habitación, salió de la casa, atravesó el corral, corrió el cerrojo de la puerta cochera, cruzó la barra y se entró en la cocina de los criados de la labor.

Cuando terminaron la comida, Sebastián anunció á sus compañeros que antes del alba saldría para tomar la línea de Segovia, á fin de llegar al día siguiente á su pueblo, donde la madre se encontraba enferma. Todos trataron de mitigar su dolor y se despidieron de él cariñosamente, pues partiría antes que ellos se despertaran.

Dos de los muchachos, como todas las noches, fueron á dormir á la cuadra para cuidar del ganado, otros dos á los cobertizos en que se guardaban los carros y las herramientas de la labor; en la cocina sólo quedaron el mayoral, Sebastián y otro mozo. Atizaron el poco rescoldo que ardía aún en la chimenea, se acomodó cada uno lo mejor que pudo sobre unos jergones de paja, y envolviéndose en gruesas mantas, se prepararon á descansar de las fatigas del día. Hubo un momento de silencio; pronto se oyeron los ronquidos del mayoral y el otro muchacho; ambos dormían profundamente.

Sebastián entonces sacó de entre el pecho y la camisa un sucio, arrugado y mugriento papel, en el que unas líneas, formando garrapatos, decían estas láconicas frases: «Ven en cuanto puedas; Julio llegó ayer, y sé que habló con ella.—Antonio.» Estrujó entre los dedos aquel papelucho que le anunciaba la muerte de la ilusión de toda su vida y con amargura furiosa y terrible se echó á llorar como un desesperado que pierde en un instante todo un porvenir hermoso de ventura. Su niñez, sus primeras impresiones de amor, su juventud, pasaban ante él con fantásticas formas, hijas de su imaginación desesperada, iluminadas débilmente por el mortecino fuego que aún ardía en el hogar y al son del monótono y estúpido ruido que producían los ronquidos brutales de sus dos compañeros, que tranquilamente dormían á su lado á pierna suelta.

Marcela, la muchacha más hermosa del pueblo, no quiso nunca á Sebastián; amaba con arranque á Julio, el mozo más gallardo y valiente del lugar; pero Sebastián, terco en su deseo, no cejaba en su empeño, y cuanto más se querían los amados, mas se empujaba él en quererla; y así pasaron los meses, y así pasaron los años, hasta un momento en que Julio salió soldado y del pueblo le llevaron á servir al rey. No olvidaba Sebastián la impresión que experimentó al verle marchar; un rayo de esperanza cruzó por su mente; era honrado, bueno, generoso; pero desde aquel momento no tuvo otro deseo ni vivió con otra ilusión que la de que Julio no volviera al pueblo, que olvidase á su novia, que muriese, que lo matasen, que ocurriese lo que fuera preciso, pero que no volviera, que no volviese nunca. Y ocurrió que el soldado fué de Madrid á Zaragoza; de allá escribía con alguna frecuencia, pero luego lo llevaron á la guerra, á Filipinas, y de allí sólo escribió dos cartas á poco de llegar; después nada se supo de él. Transcurrió el primer año, y la chica, fiel á sus amores, no consintió que ningún mozo se la acercara; Sebastián, malicioso, la acompañaba con frecuencia, pero jamás hablaba de su enamoramiento. Tras del primer año vino el segundo y la Marcela se iba olvidando del que fué al servicio y Sebastián seguía cada vez más cariñoso, pero siempre callado, hasta que pasaron los tres años y de la guerra volvieron los que á la guerra fueron y Julio no volvió ni de él nada se supo... y ya entonces se atrevió á hablar á la muchacha, y poco á poco ella, desesperanzada de que el otro viniera y segura del cariño de este, se fué dejando querer, y luego... hasta quiso algo al pobre Sebastián, que, lleno entonces de entusiasmo, estaba bien seguro de que, ya una vez casados, le amaría con toda el alma y del otro llegaría á olvidarse por completo...; pero ese momento aún no había llegado; ella guardaba en su corazón el recuerdo de Julio; y por eso, al saber Sebastián que su enemigo, al que todos creían muerto, incluso él, había aparecido y hablado con ella, conforme se lo comunicaba Antonio, su mejor amigo, comprendió el infeliz que toda su ventura había terminado, que ella volvería á entenderse con el otro y que la perdía, la perdía para siempre... Todos los recuerdos, el pensamiento de lo que quizá ocurría en aquel instante allá, al otro lado de la Sierra, en Molinar, y todo su porvenir, más negro que una noche de invierno, le agitación el pensamiento de manera horrible y le volvía loco de dolor y desesperación.

No pudo más; aún era noche cerrada, pero había que aprovechar el tiempo; había que ir al pueblo y llegar lo antes posible. ¿A qué? ¿Con qué fin? No sabía; pero sentía la necesidad de ir, y estaba resuelto á marchar. Se puso la zamorra; despertó al mozo que dormía en la cocina para que cerrase la puerta al salir él. El mozo, más dormido que despierto, sirvió á Sebastián maquinalmente sin darse cuenta de la hora que era; y con un buen viaje y un adiós, se despidieron.

Una vez que se vió solo á media noche en el cam-

po, y que comprendió el peligro que representaba atravesar aquellas siete leguas cubiertas de nieve, con frío tan terrible, se aterró y vaciló un momento de su decisión; mas bien pronto se repuso; volvió á pensar en ella, en el otro, en su situación, y reanimándose y acariciando instintivamente la navaja que guardaba entre su faja y su cuerpo, tomó resueltamente vereda arriba para llegar por el atajo lo antes posible á la carretera. Comenzaba á neviscar, y un airecillo sutil sumamente frío cortaba la cara del pobre muchacho, que sin reparar en los entorpecimientos del camino, seguía precipitadamente la vereda.

A las tres horas de marcha llegó al camino, que en otro tiempo fué carretera concurrida y relativamente cuidada, y hoy tan sólo restos de ello, que indican al caminante la dirección del puerto. Allí se detuvo anheloso y fatigado; un ligero resplandor rojizo iluminaba los montes; el nuevo día comenzaba á clarear. En la parte baja, hacia la llanura, se presentaba raso; ni una nube empañaba el cielo; todo era hermosa tranquilidad; hacia arriba, en cambio, nubes inmensas, nubarrones plomizos cruzando en todas direcciones impelidos por el viento, cubrían los picachos y los riscos; la Naturaleza se presentaba en una de sus más aterradoras manifestaciones.

Tuvo el pobre muchacho otro momento de vacilación y de terror ante aquel espectáculo; pero... imposible; ir á buscar la línea del camino de hierro; era perder un día, y él tenía que llegar al pueblo aquella misma noche. ¡Animo!—se dijo,—y ya reanimado, emprendió de nuevo la caminata.

¡Qué espectáculo tan grandioso se iba presentando ante él! Árboles añosos inclinados hacia el suelo por la fuerza del peso de la cantidad inmensa de nieve que sus ramas sostenían, troncos caídos, arbustos desgajados, rocas inmensas agrietadas, piedras desprendidas de aquellas rocas por la acción del tiempo, fango y lodo en los parajes guarecidos, neveros continuados, una Naturaleza desolada, recibiendo el terrible azote del temporal, que bramaba como un titán, echando siempre sobre ella nieve y más nieve, deseoso sin duda de hacerla desaparecer, de aplastarla bajo el peso de aquel inmenso manto de hielo, frío intensísimo, desolación, muerte en la tierra, y... arriba, en el cielo, nubes de aspecto pavoroso, viento terrible, destrucción; en medio de la lucha el pobre Sebastián, anheloso, jadeante, pero subiendo, subiendo siempre, sin titubear, lleno de rabia, rebosando de coraje, de fuerza, de brío, con un solo pensamiento, con un solo deseo: llegar, llegar cuanto antes...

Y al cabo de algunas horas de esfuerzo llegó por fin... al puerto; la mitad del camino estaba andada, la más fatigosa: la subida. Sebastián sabía que allí, á pocos pasos, guarecida del Norte por un elevado montículo, había una caseta abandonada; en ella descansaría un instante y repondría sus fuerzas. La buscó con la vista; pero en vano; envuelto en la nevasca no distinguía á diez pasos de distancia; marchó en dirección de la derecha para encontrarla, y vió... con extrañeza las pisadas recientes de otro hombre, grabadas en la nieve; las siguió un momento, y en seguida vió la caseta; la puerta estaba entornada; el otro caminante sin duda se había guarecido allí también.

Entró en aquella ruinoso edificación, pero no encontró á nadie; había, sin embargo, señales de que alguno se disponía á hacer fuego, papeles, algunas teas, mecha y eslabón. Volvió á salir y vió que las pisadas, en efecto, marcaban la salida del viajero hacia las rocas; sin duda había ido en busca de leña. Sebastián dió una voz que bien pronto fué contestada en aquella dirección y muy cerca; la ventisca y la nieve impedían, sin embargo, distinguir á poquísima distancia.

Un instante después vió venir un hombre con un brazado de leña. De pronto, como heridos por un mismo rayo, los dos hombres se quedaron inmóviles, rígidos, mirándose con espantoso asombro...

—¡Julio!

—¡Sebastián!—exclamaron sus respectivas voces á un mismo tiempo y con igual furia.

—¿Aquí?

—Aquí, sí; iba al pueblo á matarte, pero me ahorras la mitad del camino.

—Yo también á buscarte iba; quisiste robarme la chica, pero... no, no; ¡cobarde! ¡traidor!

—Te iba á matar sin dar explicaciones.

—Y yo sin pedirtelas.

—No podíamos encontrar mejor lugar; nadie nos estorba.

—Cierto.

—¡Canalla!

—¡Miserable!

—¡A muerte!

—¡A muerte!

Y sin pronunciar más palabras, y sacando cada uno la navaja que en la faja llevaban, fueron uno hacia otro con movimientos torpes de sus músculos, ateridos, con las bocas entreabiertas de ahogo, hundándose á cada paso en la nieve hasta la cintura, pero con rabia feroz, con furor salvaje... No les separaban más que dos pasos... ya se disponían cada uno á clavar su arma en el pecho del contrario, cuando una ráfaga de aire huracanado, levantando la nieve del suelo y formando con ella un remolino, los separó á

alguna distancia. En aquel momento un corpulento pino, no pudiendo resistir la fuerza del huracán, que tronchó su tronco, se vino al suelo con horrible estrépito, y el chasquido que produjo su madera al quebrarse fuere repitiendo por los riscos de garganta en garganta y de monte en monte, hasta perderse en aquella pavorosa inmensidad.

Los combatientes en nada reparaban; repuestos de nuevo, fuéronse acercando con el mismo odio y valentía que antes; al fin, sus cuerpos se juntan. Sebastián va á descargar terrible navajada sobre Julio; pero Julio, hábil también, para el golpe, le sujeta el brazo y contesta hiriendo en el vientre á su contrario; éste se echa atrás...

—Poca cosa—dice,—un rasguño; nada, no vencerás, no; ¡si te he de matar! ¡si te he de matar! ¡A muerte!

—¡A muerte!

Y de nuevo vuelven á la lucha, con igual bravura, los dos mortales enemigos. Poquísimo espacio les separa ya; las navajas buscan el pecho... Mas de pronto un ruido imperceptible, un gruñido ligero se siente cerca, muy cerca; ambos paralizan sus movi-

mientos y se quedan mirándose aterrados; conocen bien lo que es aquel ruido, lo que representa; vuelven su vista, y, en efecto, á pocos metros de distancia... tres lobos hambrientos, con ojos centelleantes presencian impávidos la lucha de los dos valientes muchachos... Sebastián no puede contener un grito de angustia, su navaja cae al suelo y desaparece entre la nieve, ablandada por sus pisadas; á aquel grito responden los lobos con aullidos amenazadores.

—¡A defendernos!—grita Julio.—¡A defendernos!...

En aquel momento dos lobos más vienen del alto y se agregan al grupo de los anteriores; luego una loba con dos lobeznos; después otro... ¡Nueve! La lucha es imposible...

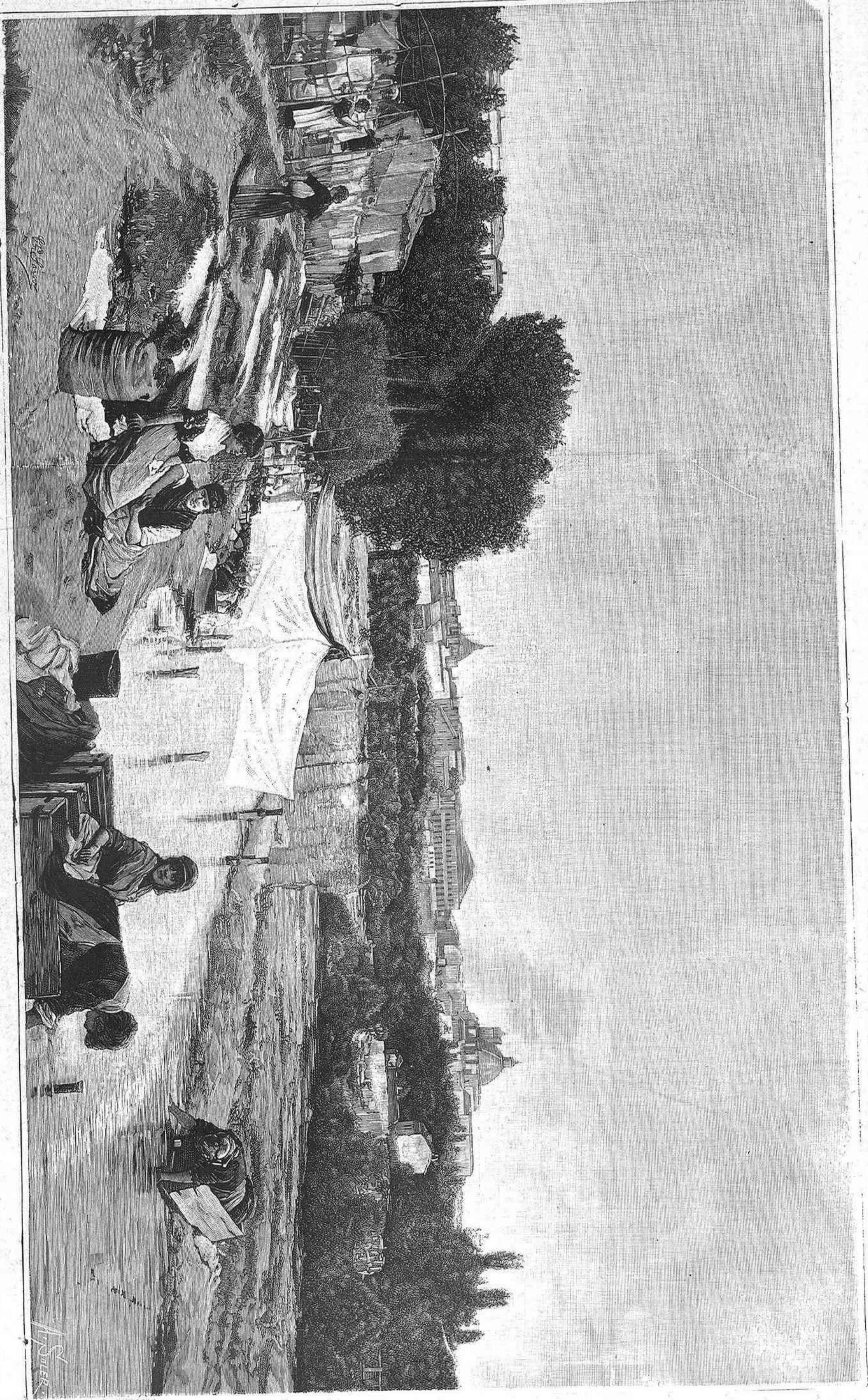
—¡Estamos perdidos... perdidos!—gritan con angustia los infelices; y aquellos desdichados, que un instante antes se odiaban á muerte y que nada temían..., se aproximan..., se juntan..., se unen..., se abrazan en aquel momento sublime.

—¡Fuego! ¡Tienes mecha, eslabón?—exclama Julio.—Los haremos huir...

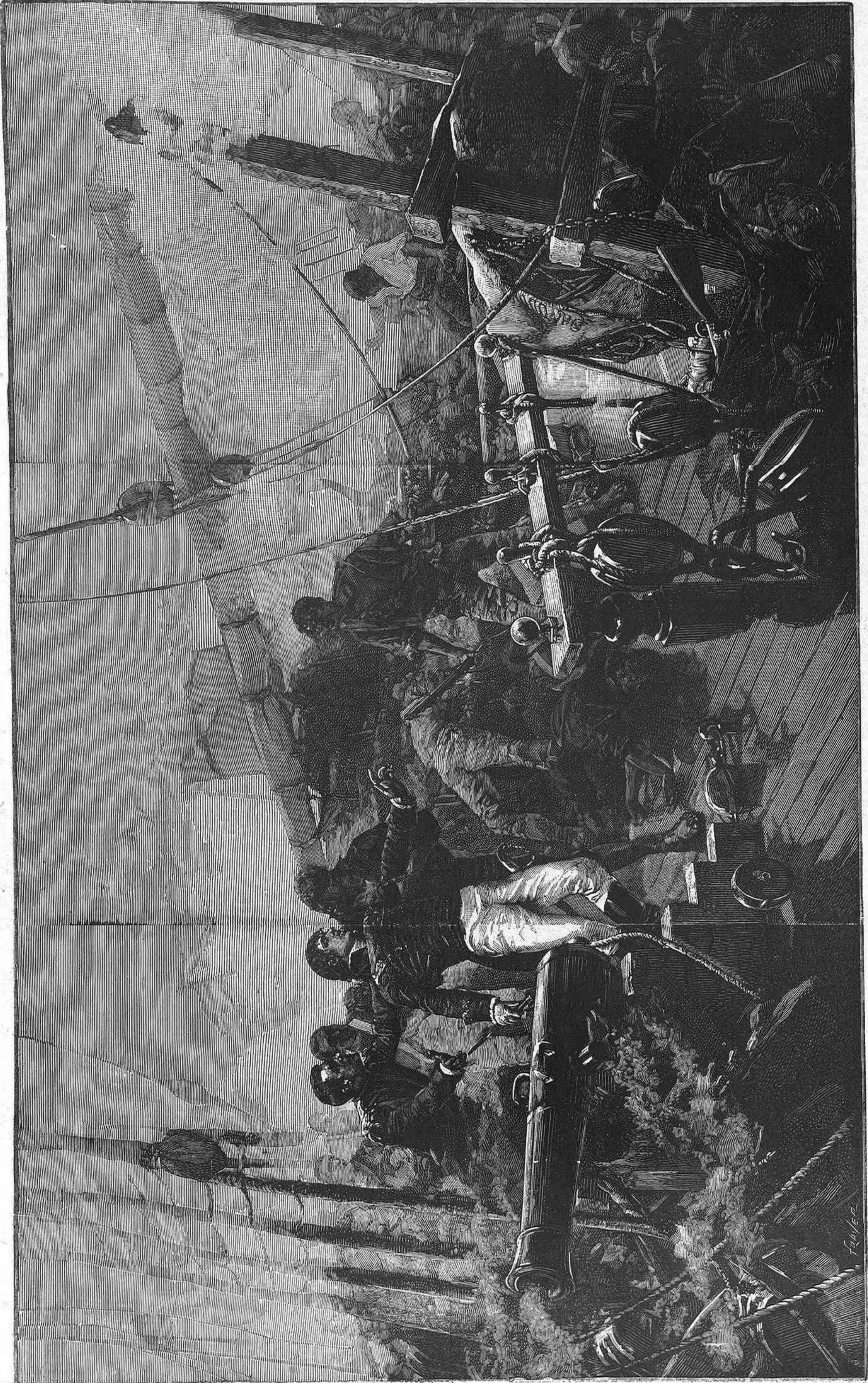
—Sí...—y saca mecha y piedra de su faja; pero...



UN APURO



A ORILLAS DEL MANZANARES



COMBATE DE TRAFALGAR.—MUERTE DE CHURRUCÁ A BORDO DEL «SAN JUAN» (21 DE OCTUBRE DE 1805)

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL

¡oh maldición! la sangre que manaba de la herida la ha inutilizado...—¡Perdidos... perdidos; no hay salvación!

Los lobos mientras se van acercando, los van rodeando sin atreverse á atacar, pero sin dejarles huida por ningún lado. La nieve, manchada con sangre del herido, ablandada por las pisadas de los dos desgraciados, se va hundiendo... hundiendo, y ellos van sumergiéndose en ella cada vez más aterrorizados; el pobre Sebastián, desvanecido por la pérdida de sangre, clama con horrible angustia, pide favor, auxilio...

—¡Me hielo... me muero; favor, socorro!—exclama.

Julio le tiene siempre abrazado. En defenderse no piensa; sería inútil... ¡Les hiela el horror..., la pavora..., el frío..., la muerte!

De pronto se hunde la nieve que pisaban, y la infeliz pareja desaparece; una masa de hielo se desliza rápidamente y cubre la enorme grieta. Los lobos se precipitan viendo perder la presa; pero llegan tarde. Ya no queda nada, nada...

Sobre la nieve, nueve lobos furiosos aullan con horrible rabia...; á cuatro metros de profundidad, dos cadáveres, unidos en fraternal abrazo, descansan para siempre.

A de Beruete y Moret.

Servicios de la Guardia Civil

Desde que LA ILUSTRACION NACIONAL se fundó, el benemérito instituto la ha demostrado constantemente una especial predilección.

Correspondiendo á ese favor que tanto nos honra y tan sinceramente estimamos, abrimos hoy esta sección, en la que daremos á conocer aquellos servicios de la guardia civil que, á juicio nuestro, merezcan los honores de la publicidad, acompañados, siempre que sea posible, de los retratos de los individuos que los lleven á cabo.

Hundimiento en Cercedilla.

Hace pocos días se hundió en el citado pueblo la casa del vecino D. Manuel López Rodríguez, sepultando entre los escombros á dos niños de corta edad y á una criada que los acompañaba.

El cabo de la guardia civil de aquel puesto, Francisco Gonzalo, se personó inmediatamente en el lugar del siniestro, y auxiliado por los guardias Mariano Rincón y Justo Hernández, logró salvar de una muerte segura tanto á los niños como á la sirvienta.

Cuando estos estuvieron en salvo, el cabo Francisco Gonzalo y los dos citados guardias volvieron á penetrar en el edificio hundido, logrando, con no poca exposición, extraer algunas alhajas, metálico y otros efectos de valor que había entre los escombros.

El vecindario y autoridades de Cercedilla hacen grandes elogios de la conducta observada por la guardia benemérita, á los cuales unimos nosotros nuestra felicitación más sincera y entusiasta.

La rota de los húsares blancos

(DE R. KIPLING)

Continuación.

La banda no fué, pero los soldados entonaron el canto

El sitio en que el viejo caballo murió,

y otras canciones apropiadas á la ocasión y al objeto.

Cuando el cadáver fué arrojado en la fosa y brazos de flores caían sobre él hasta cubrirle completamente, el veterinario soltó un taco y dijo en voz alta:

—¡Cuerno! lo mismo es ese el caballo de los timbales que lo soy yo.

El sargento mayor (1) le preguntó si se le había perdido la cabeza en la cantina; el veterinario repuso que conocía los cascos del caballo como sus propios pies; pero guardó silencio cuando vió quemado el número del regimiento sobre aquel pobre

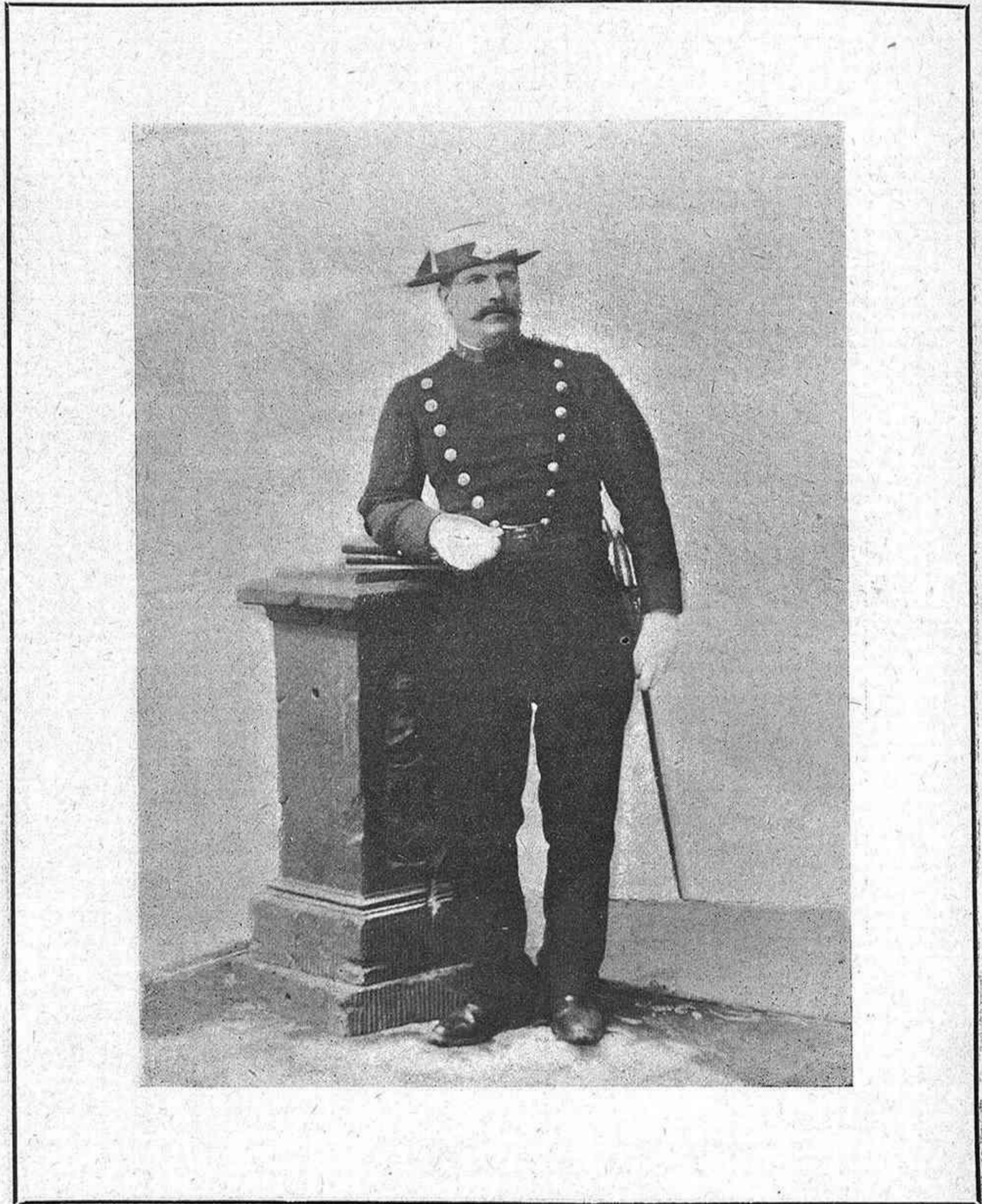
(1) Categoría intermedia entre sargento y oficial.—(N. del T.)

cuerpo rígido, envuelto completamente entre flores.

Con estas ceremonias se verificó el entierro del caballo de los timbales de plata, perteneciente á los húsares blancos, aunque el veterinario siguió refunfuñando.

Los costales con que se había cubierto el cadáver, estaban de trecho en trecho salpicados con manchas negras, hecho en que no dejó de fijarse el digno veterinario, pero el sargento mayor le pegó un formidable puntapié en una espinilla diciéndole que estaba borracho perdido.

El lunes siguiente al día del entierro, el coronel se propuso vengarse de sus húsares. Desgraciada-

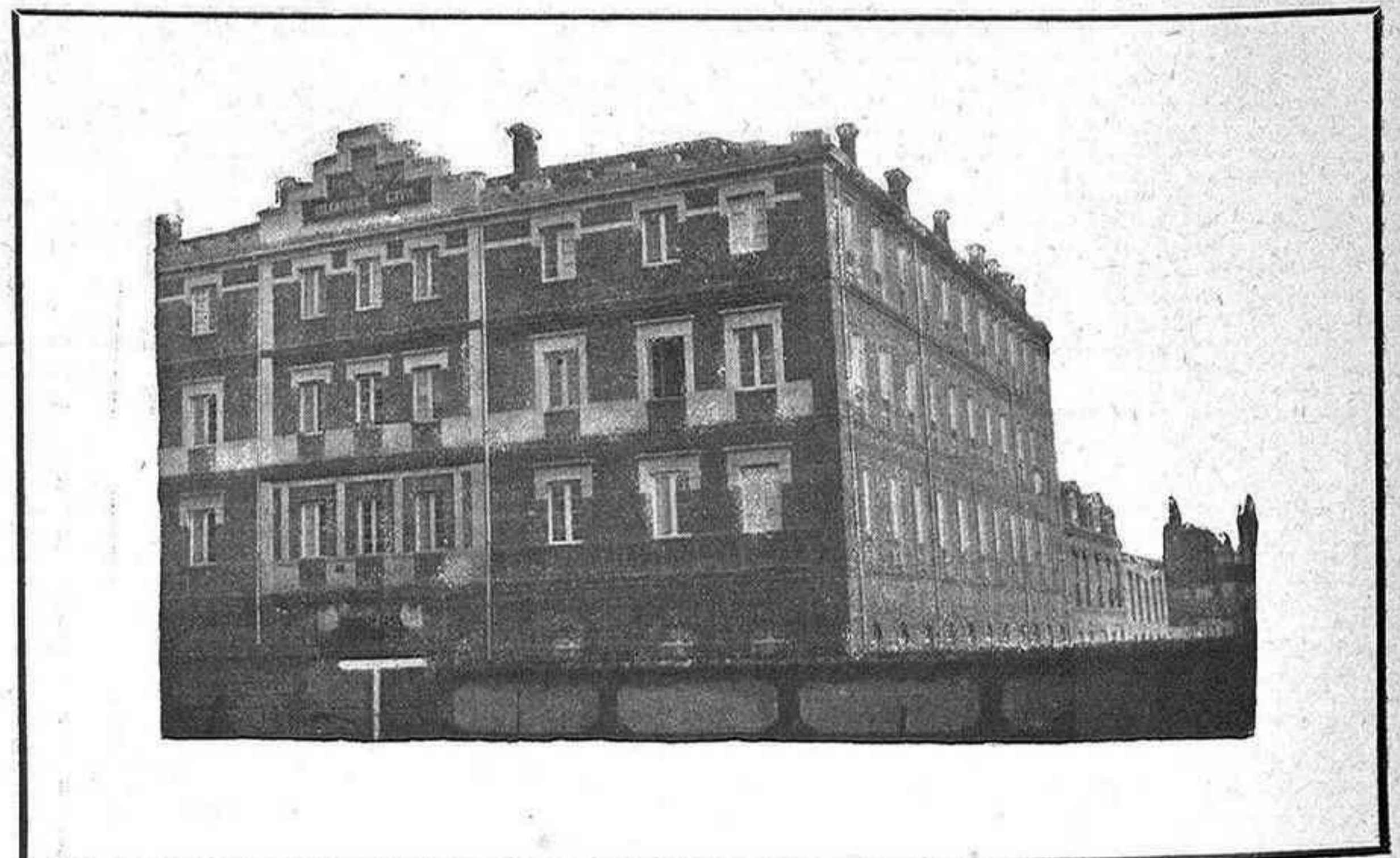


FRANCISCO GONZALO

COMANDANTE DEL PUESTO DE LA GUARDIA CIVIL DE CERCEDILLA



GUARDIAS Y FAMILIAS DEL PUESTO DE VILLAMENÍN



LEÓN.—CASA CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL

mente, era gobernador militar interino, y ordenó que hubiera ejercicio de brigada, diciendo que quería hacerles sudar la diabólica insolencia del martes: cumplió en toda regla su palabra.

¡Aquel lunes fué uno de los días más terribles de que tienen memoria los húsares blancos! Se ordenó el ataque contra un supuesto enemigo y cargaron, se retiraron, desmontaron y volvieron a montar, practicando científicamente de todos los modos posibles, hasta sudar á chorros, en una llanura cubierta de polvo.

El único momento divertido fué aquel, á la caída del día, en que cargaron sobre una batería de artillería á caballo persiguiéndola más de dos millas. Esta era una cuestión personal y muchos jinetes habían apostado dinero, porque los artilleros se permitieron decir que tenían las piernas de los húsares blancos; en lo que se equivocaron.

Una marcha al paso puso fin á la batalla, y cuando los húsares regresaron á su cuartel iban llenos de polvo desde las espuelas hasta los cascos.

El regimiento gozaba de un gran privilegio ganado, si no recuerdo mal, en Fontenoy.

Muchos cuerpos tienen estos privilegios especiales; unos pueden usar los cuellos del uniforme sin uniforme; otros un lazo de cinta entre los dos hombros, y algunos, en ciertos días del año, rosas rojas y blancas sobre sus cascos. Los tales privilegios se relacionan ó con el patrón del regimiento ó con alguna hazaña heroica del cuerpo, y todos son estimadísimo; pero no había ninguno tan alto, tan estimable como el de los húsares blancos, consistente en que la banda tocara mientras los caballos bebían agua.

No tocaba más que una pieza, siempre la misma. Ignoro cómo la llaman: lo único que sé respecto á esto, es que los soldados la denominan: *Llévame otra vez á Londres*, y es bastante agradable.

¡El regimiento hubiera preferido cien veces verse disuelto á renunciar á tan alta distinción!

Cuando sonó el toque de derecha é izquierda, los oficiales se encaminaron hacia el cuartel para que se prepararan las cuadras, y los soldados se dirigieron con toda comodidad á las líneas; es decir, se desabrocharon las levitas, se quitaron los cascos y comenzaron á bromear ó jurar según el humor de cada uno.

Los más cuidadosos desmontaban aflojando las cinchas y las cadenas barbadadas de los caballos.

Un buen soldado de caballería aprecia su montura tanto como se aprecia á sí mismo, y cree y debe creer que los dos juntos, hombre y bruto, son irresistibles para los hombres y para las mujeres, para los cañones y para las doncellas.

El oficial de guardia mandó tocar al *agua*, y el regimiento en masa se dirigió hacia los abrevaderos, situados detrás de las caballerizas y entre éstas y los cuarteles. Los pilones eran cuatro, colocados en escalones y suficientemente grandes, para que en cada uno de ellos bebiera un escuadrón, con lo que si era preciso se podía dar agua al regimiento en diez minutos, aunque por regla general lo mandado era que se emplearan diecisiete, durante los cuales tocaba la banda.

Cuando los escuadrones llegaron al abrevadero comenzó la música, y los soldados, sacando los pies de los estribos, empezaron á disputar unos con otros. El sol lanzaba sus más ardorosos rayos, y el camino á las líneas de la población civil, tendido en línea recta, estaba tan bañado por el haz inmenso de los rayos solares, que parecía que se había metido de cabeza en los ojos del astro del día.

Un punto pequeño é indefinible se levantó en el extremo del camino; después fué creciendo y creciendo hasta tomar la figura de un caballo con algo parecido á unas parrillas sobre los lomos. El haz de luz solar brillaba á través de los hierros de las parrillas.

Un soldado se puso la mano sobre los ojos para resguardarlos del sol, miró y dijo:

—¡Qué demonio trae aquél jaco encima! Pasó un minuto, se oyó un relincho que hombres y caballos conocían en el regimiento, y vieron dirigirse derecho hacia la banda el caballo pío, ¡el caballo muerto y enterrado!

En la cruz del animal resonaban con horrible estrépito los timbales de plata, cubiertos por negros crespones, y en la silla, rígido, con aire muy marcial y con la cabeza desnuda iba montado un esqueleto.

¡La banda dejó de tocar y por un momento reinó un silencio espantoso, horrible!

De pronto, uno—los soldados dijeron después que fué el sargento mayor—clavó espuelas á su caballo y salió corriendo, dando alaridos. ¡Después... después... nadie puede decir exactamente lo que ocurrió, pero á lo que parece, por lo menos un hombre en cada escuadrón se vió asaltado por el pánico; corrió y los demás le siguieron como manadas de ovejas!

Los caballos, que apenas habían mojado los bellos en el agua, se encabritaron y comenzaron á hacer cabriolas, pero apenas la banda rompió—lo que hizo cuando la sombra del caballo pío estaba á poco menos de un kilómetro de distancia,—todos los demás siguieron el ejemplo, y el estrépito y furia de la huida y de la arrancada, tan distintos del ruido y del movimiento ordenado de una maniobra ó

de las carreras á discreción para ir al agua, les hicieron espantarse más y más.

Los animales conocieron que sus jinetes estaban aterrados por algo, y cuando se enteran de esas cosas todo está perdido; ¡ya no hay nada seguro más que la catástrofe!

Escuadrón tras escuadrón volvieron grupas al abrevadero y comenzaron á esparcirse, corriendo por todas partes como si fueran torrentes de azogue.

El espectáculo fué verdaderamente asombroso, porque como hombres y caballos estaban con el mayor descuido y comodidad, los cañones de las carabinas golpeando los hijares de los animales precipitaban la carrera de éstos.

Los hombres gritaban, blasfemaban y trataban de alejarse de la banda, á la que el caballo pío iba dando caza, mientras el fantástico jinete, inclinado hacia adelante, parecía excitado como si tratara de ganar una apuesta.

El coronel había entrado en el círculo á echar un trago, seguido por la mayor parte de la oficialidad, y cuando el oficial de servicio se disponía á bajar para que el sargento mayor le diera el parte, la banda dejó bruscamente de tocar el «*Vuélveme de nuevo á Londres*», llevando apenas veinte compases, por lo que todos se preguntaron con asombro:

—¿Qué ha ocurrido?

¡Un segundo después oyeron el ruido más anti-militar de la tierra, y vieron á lo lejos, en la llanura, á los húsares blancos corriendo, volando desalados, en el más espantoso desorden!

El coronel se quedó mudo de rabia creyendo, ó que el regimiento se había sublevado ó que todo él estaba borracho.

La banda, un pelotón desorganizado, avivaba,

NUESTROS ACTORES



D. PEDRO RUIZ DE ARANA

loca de terror, la carrera, y el caballo pío, ¡el caballo muerto y enterrado!, con el esqueleto, que se balanceaba y crujía sobre la silla, iba dándole alcance por momentos.

Hogan-Yale se acercó á Martyn y le dijo al oído, con voz tranquila:

—¡Ni el hierro soportaría esa prueba!

La banda, que había dado la vuelta como una liebre acosada, retrocedía; pero el resto del regimiento había desaparecido y corría como un azote por toda la provincia, porque los hombres, cegados por el polvo, creían ver galopando á su lado al caballo pío.

El ganado de los regimientos está, generalmente, bien tratado, y, en caso de apuro, puede correr mucho aunque lleve encima más de nueve arrobas.

Los jinetes lo adivinaron.

¿Cuánto tiempo duró el pánico? No lo sé. Creo que cuando salió la luna los hombres vieron que no tenían nada que temer, y por parejas ó secciones retrocedieron, y, sin hacer ruido, fueron escurriéndose dentro de los cuarteles, muy avergonzados de sí mismos.

Entretanto, el caballo pío, disgustado por la descortesía de sus camaradas, dió la vuelta en redondo, haciendo un esfuerzo, y, al trote, se dirigió á la escalinata del círculo de oficiales en busca de un pedazo de pan.

Nadie pensó en correr, pero nadie salió tampoco á su encuentro hasta que el coronel se adelantó, cogiendo al esqueleto por un pie.

La banda había podido detenerse á algunos pasos de distancia y retrocedía lentamente.

El coronel comenzó por reconocer el caballo, y al convencerse de que era de carne y hueso, empezó

á echar sapos y culebras por la boca, insultando á los húsares individual y colectivamente.

Después dió un puñetazo en los timbales, encontrándose con que estaban hechos con papel de plata y bambú; y jurando siempre como un condenado, pretendió desarzonar el esqueleto, lo que al principio le fué imposible porque estaba cosido á la silla.

La facha del digno jefe con el brazo alrededor del extraño jinete y la rodilla apoyada en los ijares del caballo, producía asombro, ya que no me atreva á decir que causaba risa.

Por fin, al cabo de dos minutos de estar derren-gándole, logró echar el esqueleto al suelo, y dirigiéndose á los hombres de la banda, gritó:

—¡Venid aquí, miserables! ¡Esto es lo que os ha hecho huir espantados!

El sargento de trompetas pareció que reconocía el hecho, porque comenzó á sonreír placidamente.

—¿Puedo quitarle de enmedio, mi coronel?—preguntó.

—¡Sí, llévesele usted al infierno, y vayan ustedes con él!

El sargento saludó, izó el esqueleto, le echó sobre el borén de su silla y se encaminó á la cuadra.

Después de esto, el coronel comenzó á hacer averiguaciones respecto al resto del regimiento, y el léxico que usaba era verdaderamente estupendo.

¡Iba á disolver el cuerpo; á formar consejo de guerra á todo bicho viviente; no quería mandar más á aquella gentuza, etc., etc.!

Cuando los hombres comenzaron á aparecer, uno á uno, su lenguaje se volvió más y más expresivo, llegando á traspasar los límites que para la libertad de palabra se han concedido siempre á los coroneles de caballería.

(Se continuará.)

TEATROS

PRINCESA

Inauguración de la temporada.

Se inauguraron las funciones de este elegante coliseo con la comedia de Dumas, *La Princesa de Bagdad*, en la que interpretaba el papel de protagonista la señora Tubau.

No es la obra de las más acabadas del famoso autor de *La dama de las camelias*; sin embargo, tiene escenas magistrales, y se oye con agrado é interés.

La señora Tubau estuvo admirable. Es imposible representar el difícil papel de la Princesa de modo mejor, ni aun parecido.

Los variados matices del sentimiento, las explosiones de ira y los transportes de cariño, todo fué justamente expresado. El público premió su labor con una continuada ovación.

Los Sres. Echaide, Díaz de Mendoza y Prado trabajaron también á conciencia, y nada dejaron que desear en el desempeño de su cometido.

Debut de la señorita Moreno.

Muy esperado era en este teatro el debut de esta bella actriz, que en poco tiempo ha logrado colocarse en primera fila.

La obra elegida fué *El guardián de la casa*, una de las más primorosas de Ceferino Palencia.

Tanto las veleidades de niña coqueta en los dos primeros actos, como las efusiones de cariño en el último, tuvieron en la señorita Moreno una afortunada interpretación. La señorita Moreno reveló una vez más sus excepcionales condiciones para el género que cultiva.

No hay que decir que estaba guapa, tanto, que me expliqué fácilmente el enamoramiento del Comandante y de Floro.

Nuestra más cumplida enhorabuena á la distinguida actriz.

LARA

La obra de Pablo Parellada, *Los de marras*, no logró el éxito que consiguieron otras producciones del genial autor.

No creemos que fué muy justo el fallo del público, pues la obra abunda en situaciones cómicas de mucho efecto, y descubre la mano habilidosa de Parellada, que ha demostrado cumplidamente lo peregrino de su ingenio.

La obra estaba muy bien ensayada.

El vulgo es necio, etc....

ZARZUELA

El guitarrico es una obrita entretenida, que hace pasar el rato agradablemente.

La música es también muy aceptable.

El guitarrico, sin ser un arco de iglesia, vale más que muchos esperpentos que se aplauden por esos teatruchos del demonio.

JAPONES

Ha debutado en este teatro el moro Tarfe, prodigioso niño que merece verse.

Este teatro está siempre lleno de gente.

Se anuncian nuevos debuts de interesantes atractivos.

HISTORIA DEL ABANICO

(Conclusión.)

Es probable que Bonchez haya pintado muchos países de abanico, pero la originalidad de los que se le atribuyen es frecuentemente dudosa. Había en el tiempo de que hablamos gentes que merecen el título de artistas, y que dibujantes y pintores medianos tenían como prácticos una gran habilidad. Pintaron á la aguada con mucho arte países con arreglo á los maestros de los siglos XVII y XVIII, y sobre



ABANICO DEL DUCADO DE FERRARA

todo en el estilo de Teniers, de Wateau y de Bonchez; los bordados y ornamentos estaban hechos por otras manos; si su ejecución no es irreprochable, es de ordinario, al menos, muy fina, y la composición en general está llena de distinción y de elegancia.

Con las armaduras de los abanicos, en cuestión de escultura, ha pasado lo mismo que con la pintura de los países; no se cita ningún escultor de talento que haya dejado alguna obra de este género. No obstante, se conservan muy notables penachos de marfil ó de nácar del reinado de Luis XV. En cuanto á la escultura de las varillas de nácar ó marfil, sin haber estado nunca á la altura de una obra de arte, ha sido hecha en París, principalmente á mediados del siglo último, con una delicadeza y gusto á que no se ha alcanzado después.

Un pintor de coches, Martín, que vivía á princi-



ABANICO DE PLUMA

pios del reinado de Luis XV, y trataba de imitar las lacas de China ó del Japón, llegó á hacer un barniz muy fino, brillante y duradero, que aplicaba á las pinturas de abanicos de marfil. Estos abanicos son muy estimados.

Se hacían en esta época abanicos baratos, á 15 sous, pero todo el esfuerzo de la fabricación se dirigía á las obras de precio y se abandonaba lo demás. Lo contrario sucede hoy.

En 1753 se contaban en París 150 maestros abaniqueros, y un libro muy curioso, publicado en la Haya en 1754, *Le Journal du citoyen*, nos da á conocer los precios de los abanicos que se construían entonces en París:

«Los abanicos de madera de palisandro, valen de 6 á 18 libras la docena.

Los abanicos de madera semi-marfil, es decir, con las varillas gordas de marfil y las otras de hueso, de 24 á 72 libras la docena.

Los abanicos con armadura de marfil, de 48 á 60 libras la docena. Los hay más caros. Savary habla de unos que costaban de 30 á 40 duros uno.

Los países eran de piel perfumada ó de papel; las monturas estaban á menudo enriquecidas de oro, con piedras finas y esmaltes pintados.

Los abaniqueros fueron unidos á los torneros y á los fabricantes de cajas de instrumentos de cuerda, por el edicto de 15 de Agosto de 1776, y por el mismo edicto, la pintura y el barniz, relativos á estas profesiones, les fueron atribuídos en competencia con los pintores-escultores.

Una sentencia dada por la superioridad el 22 de Mayo de 1778, imponía á los comerciantes foranos



ABANICO EN FORMA DE PIÑA

la obligación de traer directamente las maderas de los abanicos á la oficina de la corporación, para ser allí inspeccionadas. Con este motivo los fabricantes y obreros foranos de tornería, guitarrería y maderas de abanicos de Mern y otros lugares circunvecinos, hicieron constar en una Memoria (22 de Octubre de 1778), que fabricaban aquellas maderas hacia un gran número de años, y que las habían hecho conducir siempre á París, por el ordinario, á la posada que lleva por título *El León de plata*, rue Bourg-l'Abbé.

Pero no se hacían en Mern y en sus alrededores sino maderas talladas, y hasta 1827 no se dedicaron al grabado, esculpido y dorado.

En la *Encyclopédie méthodique* se ha dedicado un artículo al arte del abaniquero: en él se encuentran datos precisos sobre la fabricación á fin del siglo XVIII.

El país era de piel, de tafetán de gasa, y más frecuentemente de papel; el pie se hacía de madera, de marfil, de concha, de ballena ó de caña, y se reservaban para los mejores países las armaduras que venían de China.

La operación del plegado, tal como se practicaba en aquel tiempo, era bastante complicada, y se pue-

de leer su descripción detallada en la referida *Encyclopédie*.

La *muela*, que sirve en la actualidad para dividir y formar los pliegues del país, fué ideada hacia el año 1760, y la fabricación de los mismos se ha transmitido desde aquella época á la familia Petit.

La fabricación de los abanicos no ha hecho progresos, á decir verdad, desde el reinado de Luis XV; el arte, salvo raras excepciones, en que se imita servilmente el estilo del siglo XVIII, se ha convertido en una industria.

EL TRIGO

SELECCIÓN DE SIMIENTES

En el cultivo del trigo todo es interesante: si importancia tienen las condiciones del terreno y los abonos, no es menor la que debe darse á la cuestión de simientes, puesto que de poco había de servir, en el resultado definitivo á que el labrador aspira, la práctica de buenas labores y abonos necesarios, si se emplean malas simientes.

La tendencia en el cultivo moderno se dirige á colocar las plantas dentro de las condiciones naturales y económicas más favorables á las mismas, á fin de reducir en lo posible su precio de coste y poder luchar ventajosamente en el mercado.

Por esto se va propagando en los países más avanzados el sistema de selección como único medio de satisfacer las nuevas exigencias de la industria agrícola.

Para demostrar el principio racional en que se funda la selección, bastará citar un ejemplo.

Así como en la ganadería la selección consiste en elegir dentro de una misma raza los mejores individuos para la reproducción, así también en el cultivo debe elegirse cada año las mejores simientes de una determinada variedad de plantas para emplearlas en la siembra ó reproducción de las mismas.

Cuando en el primer caso se desea obtener una mejora en el ganado, va unido el método de selección á una buena alimentación y cuidados más esmerados; racional es, pues, que tratándose del cultivo del trigo y al proponerse el agricultor mejorar la planta, acompañe á la selección de la simiente un cultivo perfeccionado en las condiciones más adecuadas.

Si el éxito en ganadería consiste en saber elegir la raza que ha de mejorarse, de modo que se adapte de manera perfecta al medio en que ha de vivir, en el cultivo del trigo está en saber operar sobre una variedad que responda por completo á las condiciones naturales en que se ha de desarrollar. De otra suerte, ninguna de las dos industrias obtendrán más que fracasos.

Los ensayos de nuevas variedades que exigen algunos gastos, cuidados especiales y bastante tiempo, no debe hacerlos el labrador, son los establecimientos agrícolas del Estado los que deben practicarlos.

Si las variedades conocidas en cada comarca se cultivaran de ordinario con la perfección y en las condiciones de suelo conveniente, en lugar de degenerar, como sucede, mejorarían, y mucho más, si se apelaba al procedimiento de selección.

Consiste éste en sembrar en una pequeña parcela grano á grano el trigo en terreno apropiado y fertilizado con estiércol y abono mineral completo, recogiendo para la siembra del siguiente año las mejores espigas, y el resto del grano obtenido sirve para sembrar un campo, que debe ser de los mejores que posea el labrador y bien abonado, en el que se produce la simiente que ha de destinarse á la siembra general de la explotación.

Con este procedimiento el labrador, á la vez que cultiva para la explotación, recolecta las simientes para el año próximo, en condiciones más económicas que las que le produce el cambio de semillas á que hoy acude con perjuicio—en muchos casos—de la producción.

Elegida la simiente, y con objeto de evitar algunas alteraciones del grano, como el *tizón* ó caries, causadas por pequeños hongos parásitos, conviene preparar el grano destinado á la sementera.

Respecto á la preparación de la simiente para la siembra, varios son los procedimientos aconsejados y, entre ellos, el que consiste en sumergir el trigo durante unos minutos en una disolución de sulfato de cobre al 1 por 100, y después se extiende el grano, ya escurrido, sobre el suelo, espolvoreándolo con cal apagada. Se remueve con una pala para que quede bien uniforme el grano tratado, y, por último, se pone á secar al aire libre para evitar la germinación, pudiéndose usar después cuando convenga.

El grano así preparado no puede destinarse á la alimentación, por cuya razón no deberá tratarse más que la cantidad exacta que haya de emplearse.

NOTA POLÍTICA



—¿Qué haces, Paco?
 —Te estoy poniendo verde para que te presentes al Papa hecho un brazo de mar.

Siempre joven la Duquesa de X

Su secreto, muy simple, está al alcance de nuestras amables lectoras, que pueden imitarla empleando todos los días para el tocador la **Crema**, los **Polvos de arroz** y el **Jabón a la Crema Simón**.—Desconfiar de las imitaciones.—J. SIMÓN, 13, rue Grange Bateliere, París.

Medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900.

Nuestros apreciables lectores leerán en la presente edición un anuncio de la bien reputada firma de los Sres. Valentín & Cia., Banqueros y Expendeduria general de lotería en Hamburgo, tocante a la lotería de Hamburgo, y no dudamos que los interesará mucho, ya que se ofrece por pocos gastos alcanzar, en un caso feliz, una fortuna bien importante. Esta casa envía también gratis y franco el prospecto oficial a quien lo pida.

Polvos Dentífricos de Botot EXIGIR LA MARCA BOTOT 17, r. de la Paix, París. En venta en todas Partes.
Eau de Botot DENTÍFRICO ANTISEPTICO SUPERIOR, EL SOLO aprobado por la Academia de Medicina de París, 17, r. de la Paix, París. EN VENTA EN TODAS PARTES.



La distinción de una mujer se conoce no solamente por su *toilette*, sino también por sus perfumes; así es que nuestras más bellas artistas no vacilan en emplear la **Crema**, los **Polvos de arroz** y el **Jabón** ó la **Crema de Simón**, tan universalmente reputadas. Exigir el nombre del inventor, **J. Simón**.

Medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1900.

MEMORIAS DE GORON

RAVACHOL

Acaba de aparecer este cuarto tomo de la sensacional obra del famoso jefe de policia de París.

Traducción de RICARDO VINUESA
 Ilustraciones de ROJAS

También se ha puesto á la venta la TERCERA EDICIÓN del primero, segundo y tercer tomo.

Precio del volumen: TRES PESETAS

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL DR. FRANCK

Aperitivos, Estomacales, Purgantes, Depurativos
 Contra la Falta de Apetito, el Estreñimiento, la Jaqueca, los Vahidos, Congestiones, etc.
 Dosis ordinaria: 1 á 3 granos
 Noticia en cada caja
 Exigir los Verdaderos en CAJAS AZULES con rótulo de 4 colores y el Sello azul de la Unión de los FABR. CANTES.
 París, Farmacia Leroy y principales F^{as}

ROMERO, IMPRESOR.—LIBERTAD, 31

LIBRO UTILISIMO

Hemos recibido el *Manual del aspirante á cabo de infanteria del Cuerpo de Carabineros*, que con gran aceptación empezó á publicarse en Septiembre del año anterior, en folletín, por el *Progreso Militar*.

El libro es de suma utilidad, pues en unas 260 páginas están comprendidas, por papeletas, todas las asignaturas que, con arreglo á programa, deben estudiarse para presentarse á examen en las Comandancias, evitándose con ello los gastos que reporta la forzosa adquisición de las muchas obras que para el caso se necesitan, además de lo fácil que se hace el estudio en la forma metódica en que aquél está escrito.

Sólo lo antes expuesto da á comprender el carácter de la obra, no siendo necesario hacer de ella elogio alguno, pues su utilidad se ve en el beneficio que produce á la clase á que está destinada.

Se halla de venta en la administración del *Progreso Militar* al precio de dos pesetas, con el 25 por 100 de rebaja á los suscriptores á dicho periódico. Los pedidos pueden también hacerse al autor, Isidoro Moreno, Comandancia de Carabineros de Algeciras.

EMULSIÓN NADAL con 80 por 100 aceite puro hígado bacalao y glicerosfosfatos é hipofosfitos de cal y sosa. Aprobada y recomendada por el Colegio Médico oficial de Barcelona, y analizada por el Dr. Bonet, Catedrático de Farmacia en la Universidad de Madrid. Es alimento, golosina y medicamento tónico y estimulante del desarrollo físico; aumenta la secreción láctea; ayuda al crecimiento de los huesos y salida de los dientes; de efectos positivos en las embarazadas y en la infancia. Es crema fluida, blanquísima y la más agradable (se conserva siempre).
 Cura la tos, catarros, bronquitis, tisis, escrófulas, linfatisimo, raquitismo, debilidad, gota, reumatismo, diabetes, etcétera, etc. La venden las principales farmacias y depósitos.

G. García, R. Fernández M., Sacramento, 2, y M. Nadal, Tarragona.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

A partir del mes de Noviembre de 1899 quedaron organizados en la siguiente forma:

Dos expediciones mensuales á Cuba y Méjico, una del Norte y otra del Mediterráneo.

Una expedición mensual á Centro América.

Una expedición mensual al Río de la Plata.

Una expedición mensual al Brasil con prolongación al Pacífico.

Trece expediciones anuales á Filipinas.

Una expedición mensual á Canarias.

Seis expediciones anuales á Fernando Poo.

156 expediciones anuales entre Cádiz y Tanger con prolongación á Algeciras y Gibraltar.

Las fechas y escalas se anunciarán oportunamente.

Para más informes, acúdase á los Agentes de la Compañía.

Chocolates, Cafés, Tés, Dulces

VIUDA DE CUNILL

Paseo de Arenal, 38.—MADRID

Pate Agnel—Amidalina y Glicerina

Este excelente Cosmético blanquea y suaviza la piel y la preserva de cortaduras, irritaciones, picazones, dándole un aterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez, y transparencia á las uñas.

En la Perfumería Central de AGNET, 16, Avenue de l'Opéra, si en las seis Perfumerías sucursales que posee en París, así como en todas las buenas Perfumerías.

Cuantos tengan créditos á cobrar en la capital ó pueblos de la provincia de Guadalajara, dirijanse al importante centro «El Heraldó», Mayor Alta, núm. 15, Guadalajara.

Sala de Armas de Pedro Carbonell

Profesor de S. M. el Rey de Esgrima del Colegio de Sargentos para Oficiales de la Guardia Civil y del Centro del Ejército y de la Armada.

Horas de clase de 8 de la mañana á 8 de la noche.

Príncipe, 16, primero.

Invitación para participar á la próxima

GRAN LOTERÍA DE DINERO

500.000

Marcos

ó aproximadamente

Pesetas 800.000

como premio mayor pueden ganarse en caso más feliz en la nueva gran Lotería de dinero garantizada por el Estado de Hamburgo.

Especialmente:

1	Premio á M.	300000
1	Premio á M.	200000
1	Premio á M.	100000
1	Premios á M.	75000
2	Premio á M.	70000
1	Premio á M.	65000
1	Premio á M.	60000
1	Premio á M.	55000
2	Premios á M.	50000
1	Premio á M.	40000
1	Premio á M.	30000
1	Premios á M.	20000
16	Premios á M.	10000
56	Premios á M.	5000
102	Premios á M.	3000
156	Premios á M.	2000
4	Premios á M.	1500
612	Premios á M.	1000
1030	Premios á M.	300
36053	Premios á M.	169
20968	Premios á M.	250, 200, 150,
		148, 115, 100, 78, 45, 21.

La Lotería de dinero bien importante autorizada por el Alto Gobierno de Hamburgo y garantizada por la Hacienda pública del Estado, contiene 118.000 billetes, de los cuales 59.010 deben obtener premios con toda seguridad. Todo el capital incl. 58.890 billetes gratuitos importa

Marcos 11.618.400

ó SEAN, APROXIMADAMENTE,

Pesetas 19.000.000

La instalación favorable de esta Lotería está arreglada de tal manera, que todos los arriba indicados 59.010 premios hallarán, seguramente, su decisión en 7 clases sucesivas.

El premio mayor de la primera clase es de 50.000 marcos, de la segunda 55.000, asciende en la tercera á 60.000, en la cuarta á 65.000, en la quinta á 70.000, en la sexta á 75.000 y en la séptima clase podría, en caso más feliz, eventualmente importar 500.000, especialmente 300.000, 200.000 marcos, &c.

La casa infrascrita invita por la presente á interesarse en esta gran Lotería de dinero. Las personas que nos envíen sus pedidos se servirán añadir á la vez los respectivos importes en billetes de Banco, ó sellos de Correos, remitiéndonoslos por valores declarados ó en libranzas de Giro Mútuo, sobre Madrid ó Barcelona, extendidas á nuestra orden, ó en letras de cambio fácil á cobrar, por certificado.

Para el sorteo de la primera clase cuesta:

1 Billete original, entero: Pesetas, 10

1 Billete original, medio: Pesetas, 5

El precio de los billetes de las clases siguientes, como también la instalación de todos los premios y las fechas de los sorteos, en fin, todos los pormenores, se verá del prospecto oficial.

Cada persona recibe los billetes originales directamente, que se hallan provistos de las armas del Estado, como también el prospecto oficial. Verificado el sorteo, se envía á todo interesado la lista oficial de los números agraciados, provisto de las armas del Estado. El pago de los premios se verifica según las disposiciones indicadas en el prospecto, y bajo garantía del Estado. En caso que el contenido del prospecto no conviniera á los interesados, los billetes podrán devolverse, pero siempre antes del sorteo, y el importe remitidosos será restituido.

Los pedidos deben remitirsenos directamente lo más pronto posible, pero siempre antes del

1.º de Noviembre de 1900

Valentin y Comp.^a

Hamburgo

(Alemania)

Para orientarse se envía gratis y franco el prospecto oficial á quien lo pida.



BLANCO DUCAL

Con base de glicerina, que suaviza y hermosea el cutis, dándole la frescura y transparencia de los quince años; preparados por la casa DORIN, DE PARIS, para la PERFUMERIA FRERA, especial en bancos y tintes.



EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra.

y en toda clase de indisposiciones del tubo digestivo.

EMPLEAR los SALICILATOS de VIVAS PÉREZ

LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS

CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON PÍDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS DEL MUNDO

Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

LA HURÍ.—CORSÉS DE LUJO Y económicos.—Alcalá, 4.

ALFOMBRAS, TAPICES. SE HACEN de encargo con toda clase de dibujos. Fábrica real de tapi ces de Stuyck.

LA CASA EDITORIAL DEL SEÑOR Núñez Samper publica la importante obra religiosa titulada *El cristianismo y sus héroes*, bajo la dirección del Excmo. é Ilmo. Señor Obispo de Sión.

Va ilustrada con preciosas láminas en fototipia y fotograbado. Está terminado el tomo primero.

LA ESPAÑA MILITAR. GRAN SASTRERÍA de Antonio Mateos, maestro sastrero del Real Cuerpo de Alabarderos y escuadrón de Escolta Real. Vergara, 3, principal, frente al Teatro Real.

PRODUCTOS QUÍMICOS FARMACÉUTICOS é industriales. Farmacia de Alvarez Coipel. Barquillo, 1.

CRÉDIT LYONNAIS.—FUNDADO en 1863. Capital, 200 millones de francos, Puerta del Sol, 10.—Cuentas corrientes. Compra y venta de monedas y billetes de Banco, giros y órdenes telegráficas de pago y cartas de crédito sobre todos los países del globo.—Cuentas de depósito.

CHOCOLATES DE VENANCIO VÁZQUEZ. Bizcochos, galletas y bombones. Clases superiores.

DINERO SOBRE ALHAJAS Y EFECTOS que convengan. Alta tasación. Intereses moderados.—Ventura de la Vega, 11, principal.

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el CABELLO y la BARBA, la mejor y más barata, sin nitrato de plata ni substancia nociva, según comprueba su análisis. Destinamos 1.000 pesetas al que demuestre que en nuestro preparado existe dicho metal. Evita las enfermedades del cuero cabelludo, contribuyendo á su crecimiento; no mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Precio del frasco, 3,50 pesetas. Por mayor, en casa del autor M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32, entre-suelo, Madrid. De venta en las principales perfumerías y peluquerías.—Exportación á provincias.

Artes gráficas

FOTOGABADO, CINCROGRAFÍA, CROMOTIPIA, etc.

Alfonso Ciarán

Quintana, 34, hotel

MADRID

Tendrá sana, hermosa y fuerte la

BOCA

y no padecerá dolor de muelas el que use elixir

MENTHOLINA

preparado por el Dr. Andreu.

Su uso emblanquece la dentadura, aromatiza el aliento, calma el dolor de muelas y fortifica las encías, evitando las caries y oscilación de los

DIENTES.